

# Jesús en Buenos Aires

LA llegada de Jesús de Galilea a Buenos Aires, pasó inadvertida para la mayor parte de los habitantes de la ciudad. Ciertamente que el Buen Rabí, por razones de índole particular, viajaba de incógnito, y que los grandes diarios, en la sección que dedican a la *Vida social*, no publicaron la noticia. Esta omisión no causará la menor extrañeza si se tiene en cuenta que no se trataba de ningún acaudalado comerciante de esta plaza, de ningún subastador enriquecido, de ningún expedicionario al desierto o descendiente de expedicionario. Y conste que no ignoro que Jesús estuvo en el desierto cuarenta días. Pero ¿qué son cuarenta días, qué significan cuarenta días al lado de los meses, de los años que han pasado en él casi todos nuestros numerosos generales?... En resúmenes cuentas: se trataba de un viajero insignificante, de un pobre hombre soñador y mal vestido; de un señor, en fin, con mucho talento, pero con muy poco equipaje. Y no son estas, no, las condiciones que se requieren para figurar dignamente en la *Vida social*; muy por el contrario.

Según parece, una vez que Jesús llegó a la ciudad, se presentó en un hotel aristocrático,—es decir, en un hotel caro,—con el propósito de alojarse en él; pero no bien posó su planta en la mullida alfombra del vestíbulo, un lacayo le salió al paso. Era el tal un jayán, era un hombrón alto y robusto, que se distinguía, como es de rigor en su oficio, por lo bueno de su ropa y lo malo de su educación. Cubría su cabeza una imponente gorra de plato en la que resaltaban unas cabalísticas letras en oro, y vestía un traje oscuro ornado con gran profusión de botones y de pasamanería, todo ello no menos áureo. La sola vista del hombre aquel intimidó a Jesús, que lo supuso militar. Acobardado, no se atrevió a dirigirle la palabra. El hombre de la gorra de plato, en cambio, así que vio la pobre indumentaria de Jesús, se sintió elocuente. Irritado, increpó al viajero, empleando expresiones que a Jesús le eran desconocidas:

—¡Largo de aquí!—decía—¡Largo de aquí, haragán, atorrante! ¿No sabe que está prohibido pedir limosna?... ¡Vaya y trabaje! ¡Afuera, afuera inmediatamente, si no quiere que lo haga sacar con el vigilante!...

Jesús no se alteró, no contestó con palabras de violencia; porque su natural fué siempre de mansedumbre. Se limitó a decir que no iba a pedir limosna, sino que deseaba hospedarse allí por unos días; que no le faltaría con qué pagar, pues conservaba algunos denarios. En efecto: contra su costumbre, traía entonces consigo unas cuantas monedas de plata, con objeto de darlas a los pobres que encontrase en el camino.

Cuando Jesús terminó de hablar, ocurrió algo bochornoso. Dos, cuatro, seis nuevos fámulos, que se habían ido uniendo al primero en tanto hablaba Jesús, estallaron en

una brutal, interminable, indescriptible carcajada. Hipaban y reían como descosidos. Dejaban oír a veces palabras ahogadas, frases incompletas, como *es un loco, atorrante, ¡qué rico tipo!*, y otras expresiones de la misma clase. El buen Jesús fué sacado de allí a empellones, y cuando estaba ya lejos, aun oía el coro de burlas y denuestos que dejaba a su espalda. Sobre todo, escuchaba tras sí, repetida obstinadamente, aquella palabra para él incomprensible y extraña:

—¡Atorrante! ¡Atorrante!...

Cuando se vió a bastante distancia de los criados, sacudió sus alpargatas; pues fué él quien dijo: *Y cualesquiera que no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa y sacudid el polvo de vuestros pies.*

No sabiendo Jesús a dónde dirigirse, echó a andar como a la ventura hacia los barrios del Sud. Se diría que ejerciesen atracción sobre él los lugares en que viven las gentes pobres. Andando, andando, llegó a Riachuelo, y se detuvo a mirar las faenas de los marineros y de los estibadores. Luego dirigióse a un restaurant sobre cuya puerta se leía este rótulo: *«The Friendship»—Open day and night.* En el cristal de la vidriera había unas inscripciones extrañas, tan caprichosas y complicadas como el rastro de un caracol sobre un sendero. El dueño, un judío, accedió a dar pensión a Jesús una vez que éste le hubo entregado algunas monedas de plata, que el buen hombre supuso turcas. Se lamentó de que aquello le obligase a ir a la casa de cambio, expresando de paso su opinión de que los cambistas son todos unos ladrones. También se quejó de *lo malos que están los tiempos*, cosa que tenía costumbre de decir a todos los nuevos huéspedes. Jesús le dirigió algunas frases bondadosas, aconsejándole conformidad y paciencia, y luego salió a recorrer de nuevo la ciudad.

Llegó el Nazareno en su caminata a la Plaza de Mayo, y se sentó a descansar en un banco, al lado de un hombre astroso y con cara de hambre que leía con gran atención la página de avisos de un periódico. Después de unos instantes de lectura, el hombre con muestras de mal humor, plegó el diario y lo dejó junto a sí, en tanto que decía irritado:

—¡Nada! No hay trabajo... Un día más a pan y agua, si hay quien los dé... ¡Maldita sea...!—y profirió una fea blasfemia.

Entonces Jesús lo reprendió dulcemente, diciéndole suaves palabras de bien. El hombre se sonreía con aire burlón, y exclamó:

—Sí, sí. Todo eso que usted dice, lo dijo Jesús hace veinte siglos, y ya ve cómo estoy yo; ya ve cómo está el mundo.

Sin darse a conocer, y como se hubiesen acercado varios desocupados que se encontraban en los bancos próximos, el Galileo siguió hablando. Y decía:

*Bienaventurados los que ahora tenéis ham-*

*bre; porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis; porque reiréis.*

*¡Ay de vosotros, ricos! ¡Ay de vosotros los que estáis hartos! Porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora veis! Porque lamentaréis y lloraréis.*

*De cierto, de cierto os digo que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. Más os digo: que más liviano trabajo es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.*

*También os digo que el obrero es merecedor de su alimento.*

*No penséis que he venido a la tierra para meter paz. No he venido para meter paz, sino espada.*

A todo esto, se había reunido en torno de Jesús un coro de gente. Desocupados, empleados que salían de sus oficinas, rodeabanlo y escuchaban con gusto sus palabras. Había también un sacerdote y un banquero. Y Jesús siguió hablando:

*Guardaos de los que gustan andar con ropas largas, aman las saluciones en las plazas, y las primeras sillas en los templos, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, poniendo por pretexto la larga oración. Estos recibirán mayor castigo.*

Al oír estas palabras, se estremeció el sacerdote, y se alejó de allí, santiguándose. Y Jesús, echando una mirada en su torno, prosiguió:

*¿Veis todo esto? De cierto os digo que no será dejada aquí piedra sobre piedra que no sea destruida.*

El banquero se horrorizó; se puso pálido de estupor y de ira. Porque le pareció que Jesús señalaba los grandes edificios donde se guarda el dinero. Inmediatamente corrió a llamar a un gendarme.

—Vea, agente,—le dijo—detenga en seguida, bajo mi responsabilidad, a ese atorrante charlatán. Está propalando ideas subversivas.

El gendarme se dispuso a hacer lo que se le indicaba, pero tropezó con la resistencia de algunos del corro. Entonces un grupo de jóvenes bien vestidos que paseaban por una calle cercana, vino en ayuda del agente del orden. Se produjo un tumulto. Algunos preguntaban:

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—¡Un maximalista, un subversivo!—contestaba alguien.—Y muchos corrieron a ocultarse en los portales, por miedo a las bombas.

Se oían voces de *¡Muera el ruso, muera el judío!*

Los jóvenes se adueñaron de Jesús, lo arrastraron, desgarraron sus ropas, quemaron sus barbas. Al primer agente se habían unido ya otros varios, y entre todos lo rodearon, a fin de llevarlo a la Jefatura de Policía. En este momento, pasaba cerca del lugar de los hechos la señora presidente de la Congregación de Adoradoras del Corazón de Jesús. A vista del tumulto,—por consecuencia del cual se paralizó el tráfico,—preguntó al *chauffeur* de qué se trataba, y cuando estuvo informada, y vió que los